

Michiko Kakutani

La muerte de la verdad

Notas sobre la falsedad en la era Trump



Galaxia Gutenberg

© Petr Hlinomaz

Michiko Kakutani es una crítica literaria ganadora del Premio Pulitzer y ex jefa de la sección de libros en *The New York Times*.

En *Los orígenes del totalitarismo*, Hannah Arendt escribió que «el sujeto ideal para un gobierno totalitario no es el nazi convencido ni el comunista convencido, sino el individuo para quien la distinción entre hechos y ficción, y entre lo verdadero y lo falso han dejado de existir». En este libro, Michiko Kakutani advierte que las palabras de Hannah Arendt ya no parecen referirse a acontecimientos de hace más de un siglo sino que describen lo que ocurre en el mundo en que hoy vivimos.

Kakutani analiza cómo los diversos populismos y fundamentalismos erosionan la idea de verdad y las instituciones democráticas al imponer el miedo y la ira por encima del debate razonado, y de qué manera se imponen aquellas construcciones retóricas que apelan únicamente a la emoción y al sentimiento. ¿Cómo ha sido posible que la verdad y la razón se hayan convertido en especies en peligro de extinción? ¿Qué augura su agonía para nuestro discurso público y el futuro de nuestras políticas y nuestra gobernanza? Responder a todas estas cuestiones es el objeto de este libro.

Título de la edición original: *The Death of Truth. Notes on Falsehood in the Age of Trump*

Traducción del inglés: Amelia Pérez de Villar Herranz

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: febrero de 2019

© Michiko Kakutani, 2019
© de la traducción: Amelia Pérez de Villar, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019
Diseño de portada: © HarperCollinsPublishers Ltd, 2018
Imagen: © Getty Images

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17747-44-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Dedicado a los periodistas que trabajan,
en todas partes, para llevar la noticia*

Índice

Introducción

1. Decadencia y caída de la razón
2. Las nuevas guerras culturales
3. «Moi» y el auge de la subjetividad
4. La desaparición de la realidad
5. La cooptación del lenguaje
6. Filtros, silos y tribus
7. Déficit de atención
8. La manguera de la falsedad: propaganda y noticias falsas
9. El regodeo de los troles

Epílogo

Bibliografía

Notas

LA MUERTE DE LA VERDAD

Introducción

Dos de los regímenes más monstruosos de la historia de la humanidad subieron al poder en el siglo xx. Ambos se afianzaron sobre la violación y el saqueo de la verdad y sobre la premisa de que el cinismo, el hastío y el miedo suelen volver a la gente susceptible a las mentiras y a las falsas promesas de unos líderes políticos empecinados en el poder absoluto. Como escribió Hannah Arendt en su obra *Los orígenes del totalitarismo* (1951), «el sujeto ideal para un gobierno totalitario no es el nazi convencido ni el comunista convencido, sino el individuo para quien la distinción entre hechos y ficción (es decir, la realidad de la experiencia) y la distinción entre lo verdadero y lo falso (es decir, los estándares del pensamiento) han dejado de existir».¹

Lo que resulta alarmante para el lector contemporáneo es que las palabras de Arendt suenan cada vez menos a mensaje de otro siglo y más a espejo que refleja, y de un modo aterrador, el paisaje político y cultural que habitamos hoy en día: un mundo en el que las noticias falsas y las mentiras se propagan gracias a las fábricas rusas de troles, que las emiten en cantidades industriales por boca del Twitter del presidente de los Estados Unidos y las envían a cualquier parte del mundo, adonde llegan a la velocidad de la luz gracias a las redes sociales. Nacionalismo, tribalismo, deslocalización, miedo al cambio social y odio al que viene de fuera son factores que van en aumento a medida que la gente, atrincherada en sus silos y en sus burbujas filtradas, va perdiendo el sentido de la realidad compartida y

la capacidad de comunicarse trascendiendo las líneas sociales y sectarias.

Con esto no se pretende establecer una analogía directa entre las circunstancias actuales y los espantosos horrores de la Segunda Guerra Mundial, sino echar un vistazo a algunas de las situaciones y actitudes –lo que Margaret Atwood ha llamado «las banderas de peligro»² y que aparecen en *1984* y *Rebelión en la granja*, de Orwell– que hacen a la gente vulnerable a la demagogia y a la manipulación política y convierten a las naciones en presa fácil de los aspirantes a autócratas. Y también estudiar hasta qué punto el desprecio de los hechos, el desplazamiento de la razón por parte de la emoción y la corrosión del lenguaje están devaluando la verdad, y lo que eso representa para los Estados Unidos y para el mundo.

«El historiador sabe lo vulnerable que es el tejido de hechos sobre el que construimos nuestra vida diaria, que siempre corre el riesgo de quedar perforado por mentiras aisladas o reducido a jirones por mentiras organizadas y controladas por grupos o clases; o bien negado, distorsionado, perfectamente cubierto a veces por toneladas de falsedades o, simplemente, abandonado al olvido. Los hechos necesitan testimonios para permanecer en el recuerdo, y testigos fiables que los coloquen en lugares seguros dentro del ámbito de los asuntos humanos»,³ escribió Arendt en su ensayo «La mentira en política», publicado en 1971.

La expresión «decadencia de la verdad» (empleada por la Rand Corporation para describir «el papel, cada vez menor, de los hechos y el análisis»⁴ en la vida pública estadounidense) se ha incorporado al diccionario de la posverdad que ahora también incluye otras expresiones ya conocidas como «noticias falsas» o «hechos alternativos». Y no se trata solo de noticias falsas: también hay ciencias falsas (fabricadas por los negacionistas del cambio climático o los antiva-

cunas), una historia falsa (promovida por los revisionistas del Holocausto y los supremacistas blancos), perfiles de «americanos falsos» en Facebook (creados por troles rusos) y seguidores o «me gustas» falsos en las redes sociales (generados por unos servicios de automatización llamados «bots»).

Trump, el presidente número cuarenta y cinco de los Estados Unidos, miente de un modo tan prolífico y a tal velocidad que *The Washington Post* calculó que durante su primer año en el cargo podía haber emitido 2.140 declaraciones que contenían falsedades o equívocos: una media de 5,9 diarias.⁵ Sus embustes sobre absolutamente todo, desde la investigación de las injerencias rusas en la campaña electoral hasta el tiempo que él mismo pasa viendo la televisión, no son más que la luz roja que avisa de sus constantes ataques a las normas e instituciones democráticas. Ataca sin cesar a la prensa, al sistema judicial y a los funcionarios que hacen que el Gobierno marche.

Por otra parte, estos asaltos a la verdad no se circunscriben al territorio de los Estados Unidos: en todo el mundo se han producido oleadas de populismo y fundamentalismo que están provocando reacciones de miedo y de terror, anteponiendo estos al debate razonado, erosionando las instituciones democráticas y sustituyendo la experiencia y el conocimiento por la sabiduría de la turba. Las afirmaciones falsas sobre la relación financiera del Reino Unido con la Unión Europea⁶ –bien resaltadas en un autobús de la campaña «Vote Leave» («Vota Salir»)– contribuyeron a desviar la intención de voto y orientarla hacia el Brexit, y Rusia se lanzó a la siembra de *dezinformatsiya* en las campañas electorales de Francia, Alemania, Holanda y otros países, como parte de un proyecto propagandístico organizado y encaminado a desacreditar y desestabilizar los sistemas democráticos.

Ya nos los recordó el papa Francisco: «No existe la desinformación inocua; confiar en las falsedades puede tener

consecuencias nefastas». ⁷ El anterior presidente, Barack Obama, observó que «uno de los mayores retos a los que se enfrenta nuestra democracia es que no tenemos una base común de hechos», ⁸ porque hoy en día la gente «se mueve en universos de información completamente diferentes». El senador republicano Jeff Flake pronunció un discurso donde advertía de que «2017 había sido un año en el que la verdad –objetiva, empírica y basada en la evidencia– se había visto apaleada y vilipendiada en mayor medida que en ningún otro momento de la historia del país, a manos de la figura más poderosa del Gobierno». ⁹

¿Cómo ha podido suceder algo así? ¿Cuáles son las raíces de la falsedad en la era Trump? ¿Cómo se habían convertido la verdad y la razón en especies amenazadas y qué augura su agonía para nuestro discurso público y el futuro de nuestras políticas y nuestra gobernanza? Ese será el tema de este libro.

Resulta muy simplista ver a Trump, un candidato que impulsó su carrera política sobre el pecado original del llamado *birtherism*, ¹⁰ como el cisne negro que ascendió a la presidencia después de una tormenta perfecta: un electorado frustrado y herido aún por las consecuencias de la crisis financiera de 2008, la injerencia rusa en las elecciones y una avalancha de historias y noticias falsas a favor de Trump que se difundieron en redes sociales; un adversario que simbolizaba la élite de Washington, censurada por los populistas, y cuya figura era de naturaleza altamente polarizadora; y unos cinco mil millones de dólares –estimados– en cobertura gratuita para su campaña, ¹¹ gracias a reductos informativos obsesionados con el número de visitas y clics que generaría una antigua estrella mediática.

Si un novelista hubiera concebido un villano como Trump, un avatar de dimensiones superiores a las de la rea-

lidad y situado por encima de ella, narcisista, mendaz, ignorante y lleno de prejuicios, rudeza, demagogia e impulsos tiránicos, por no hablar de los hábitos de consumo de alguien que toma una docena diaria de coca-colas *light*,¹² se hubiera dicho que ese personaje era inverosímil y excesivamente artificial. De hecho, el presidente de los Estados Unidos es la mayoría de las veces una mezcla (hecha en la cocotelerera frenética de algún creador de tiras cómicas) de Ubú Rey, Triumph (el perro cómico que insulta) y un personaje descartado por Molière, más que un personaje convincente.

Pero aunque todos estos rasgos del personaje de Trump nos resulten muy cómicos, eso no debería impedirnos ver las consecuencias, de tamaño monumental, que tendrán sus ataques sistemáticos a la verdad y al Estado de derecho, así como la vulnerabilidad de nuestras instituciones y de las comunicaciones digitales, que ha dejado a la vista de todos. Que un candidato que ha quedado expuesto de tal modo durante su campaña electoral, con un historial de mentiras y prácticas empresariales inadecuadas, obtenga un apoyo popular tan grande sólo se explica por el hastío que existe respecto a la cuestión de la verdad, que se ha apoderado de grandes sectores del público, y porque existen problemas más profundos, de índole estructural, sobre las vías por las que se informa la gente y por el modo en que esta ha llegado a pensar en términos –cada vez más– partidistas.¹³

Con Trump lo personal es político y, en muchos aspectos, el personaje no es tanto una anomalía de cómic como una apoteosis extrema, digna de Bizarro World, de actitudes que se entrelazan y logran debilitar los cimientos de la verdad con tretas como la de combinar noticias y política con entretenimiento, aprovechar la polarización tóxica que se ha apoderado del panorama político estadounidense y asumir esa actitud de desprecio populista, cada vez mayor, hacia la experiencia y el conocimiento.

Estos rasgos son también emblemáticos de una dinámica que se ha estado cocinando bajo la superficie de la vida diaria durante años, creando el ecosistema perfecto en el que Veritas, la diosa de la verdad (tal y como la pintó Goya en su famoso aguafuerte titulado *Murió la verdad*), puede caer mortalmente enferma.

Son ya décadas lo que lleva la objetividad –o incluso la idea de que la gente puede aspirar a obtener acceso a «la mejor verdad disponible»– perdiendo el favor generalizado. Así lo expuso Daniel Patrick Moynihan en una afirmación suya bien conocida («Todo el mundo tiene derecho a su propia opinión, pero no a sus propios hechos»)¹⁴ que hoy en día está más vigente que nunca: la polarización ha llegado a tal extremo que los votantes de los llamados «estados rojos» (de gobierno republicano) y los «estados azules» (de gobierno demócrata) de los Estados Unidos encuentran difícil ponerse de acuerdo incluso cuando hablan de los mismos hechos. Esto sucede desde que un sistema solar configurado por páginas de noticias de derechas, que orbitan en torno a Fox News y a Breitbart News, consolidó su campo gravitatorio en torno a una base republicana, situación que han contribuido a acelerar las redes sociales al conectar a sus usuarios con otros miembros que piensan como ellos y ofrecerles un flujo de información personalizado que refuerza sus ideas preconcebidas, permitiéndoles vivir en un ecosistema cada vez más restringido: un silo sin ventanas.

Por esta razón, desde que comenzaron las guerras culturales en los años sesenta, el relativismo ha ido en ascenso. En aquel momento lo abrazaron los componentes de la llamada Nueva Izquierda, interesada en dejar a la vista el sesgo del pensamiento occidental, burgués y predominantemente masculino, y los académicos que promocionaban el evangelio de la posmodernidad, que afirmaban que no existía una sola verdad universal sino una serie de verdades individuales, menores: percepciones configuradas por las

fuerzas culturales y sociales de la época de cada uno. Después de aquello los argumentos relativistas han quedado secuestrados por la derecha populista, en la que se incluyen los creacionistas y los negacionistas del cambio climático, que insisten en que sus puntos de vista tienen que enseñarse en las escuelas junto a las teorías «basadas en la ciencia».

Naturalmente, el relativismo se sincronizaba perfectamente con el narcisismo y la subjetividad que iban avanzando desde «La década del yo», de Tom Wolf, y han llegado hasta la era de la autoestima del *selfie*. No nos sorprenderá entonces que el efecto Rashomon –ese punto de vista que afirma que todo depende de nuestro punto de vista– haya calado tanto en nuestra cultura, desde las novelas populares del tipo de *En manos de las furias* hasta la serie de televisión *The Affair*, que estudian la idea de conflicto entre diversas realidades o del narrador que no es de fiar.

Yo llevo décadas leyendo y escribiendo sobre muchos de estos temas, remontándome al auge de la deconstrucción y de las batallas sobre el canon literario en los campus universitarios, a los debates sobre el relato novelado de la historia en películas como *JFK*, de Oliver Stone, o *La noche más oscura*, de Kathryn Bigelow, a los esfuerzos que hicieron las administraciones de Clinton y Bush para evitar la transparencia y definir la realidad con arreglo a sus propios términos, la guerra de Donald Trump con el lenguaje y sus esfuerzos por normalizar lo anormal, y las consecuencias que ha tenido la tecnología en la forma en que procesamos y compartimos la información. En estas páginas espero exponer lo que han supuesto mis lecturas y los acontecimientos actuales para unir algunos puntos del ataque a la verdad y situarlos en un contexto con dinámicas sociales y políticas más amplias, que llevan años empapando nuestra cultura. Y espero también destacar algunos de los libros y escritos más preclaros de otras épocas, que han arrojado luz sobre nuestra situación actual.